

todos los extremos de sublimidad, de horror, de maravilla y de bajeza. Busque en la clase media de la sociedad los argumentos, los personajes, los caracteres, las pasiones, y el estilo en que debe expresarlas. No usurpe á la tragedia sus grandes intereses, su perturbacion terrible, sus furios heróicos. No trate de pintar en privados individuos delitos atroces que por fortuna no son comunes, ni aunque lo fuesen pertenecerian á la buena comedia, que censura riendo. No siga el gusto depravado de las novelas, amontonando accidentes prodigiosos para excitar el interes por medio de ficciones absurdas de lo que no ha sucedido jamas, ni es posible que nunca suceda. No se deleite en hermostear con matices lisonjeros las costumbres de un populacho soez, sus errores, su miseria, su destemplanza, su insolente abandono. Las leyes protectoras y represivas verificarán la enmienda que pide tanta corrupcion: el poeta, ni debe adularla, ni puede corregirla.

*La oportuna expresion de afectos y caracteres se hace tan indispensable en la comedia, que sin ellos queda imperfectísima la imitacion; y si en todos los hombres existe una fisonomía y un genio que los particulariza y los distingue, mal acierta á imitarlos el que los iguala en la escena, y á todos los hace sentir, discurrir y obrar de una manera idéntica. Este defecto, que*

abunda en las comedias de nuestro antiguo teatro, y es muy frecuente en las modernas de otras naciones, no se disimula ni con los rasgos delicados del ingenio, ni con la abundancia de chistes epigramáticos, ni con la pureza del lenguaje, ni con la cultura del estilo, ni con la fluidez sonora de los versos: si no hay oportuna expresion de afectos y caracteres, todo es perdido. El arte de escogerlos y de combinarlos, y el de preparar las situaciones para que naturalmente se desenvuelvan, ofrece no pequeñas dificultades á un poeta cómico.

*Resultan puestos en ridículo los vicios y errores comunes en la sociedad mediante la disposicion de la fábula y la expresion de los caracteres. En cuanto á estos, conviene que algunos sean ridículos, pero todos no, porque sin esta contraposicion no apareceria la deformidad en toda su luz, ni existiria la necesaria degradacion en las figuras, que tocadas con diferente fuerza deben quedar subalternas á la que se presenta como principal. Los defectos meramente físicos, involuntarios y de imposible enmienda, no deben ser objeto primario de la burla, si bien muchas veces se introducen como medios auxiliares para completar la pintura del vicio que se trata de corregir. Ninguna ridiculez corporal debe exponerse en el teatro á la irrision pública, si otra moral no la acompaña. Los vicios y errores que pinta la comedia deben ser comunes, porque no sién-*

dolo, ninguna utilidad produciría su imitación. Una extravagancia que rara vez se verifique en algun individuo, no puede servir para enseñanza de la multitud, que podría exclamar indignada contra el poeta: "Erraste el objeto de corrección que te proponías: nadie de nosotros adolece del vicio que pintas, ni conocemos á ninguno que le tenga."

Debe pues ceñirse la buena comedia á presentar aquellos frecuentes extravíos que nacen de la índole y particular disposición de los hombres, de la absoluta ignorancia, de los errores adquiridos en la educación ó en el trato, de la multitud de las leyes contradictorias, feroces, inútiles ó absurdas, del abuso de la autoridad doméstica y de las falsas máximas que la dirigen, de las preocupaciones vulgares ó religiosas ó políticas, del espíritu de corporación, de clase ó paisanaje, de la costumbre, de la pereza, del orgullo, del ejemplo, del interés personal; de un conjunto de circunstancias, de afectos y de opiniones que producen efectivamente vicios y desórdenes capaces de turbar la armonía, la decencia, el placer social, y causar perjudiciales consecuencias al interés privado y al público.

*Recomendadas por consiguiente la verdad y virtud en la fábula cómica mediante la censura de los vicios del entendimiento y del corazón, desempeñará el poeta el*

objeto de utilidad general que debió proponerse. Enseña la verdad cuando apoyada su doctrina en los conocimientos de la física, en el exacto raciocinio de la filosofía, que preside á las ciencias, en los sucesos que eterniza la historia, en la crítica y buen gusto de la literatura y de las artes, rectifica los errores adquiridos en la enseñanza de malos estudios, ó en el ejemplo de personas preocupadas ó estúpidas; y el pueblo, á quien habitualmente rodea espesa nube de ignorancia, halla en el teatro la única escuela abierta para él, donde se le desengaña sin castigarle, y se le ilustra cuando se le divierte.

En la comedia se recomienda la virtud haciéndola amable, como efectivamente lo es: pintando en otros hombres pasiones generosas ó tiernas, que haciéndolos superiores á todo otro interés, menos laudable, los determinan á proceder en las varias combinaciones de la vida según los principios de la justicia, de la prudencia, de la humanidad y del honor lo piden. Cuantos vicios risibles infestan la sociedad, otros tantos descubre la comedia para inducirnos á conocerlos y evitarlos, al mismo tiempo que nos acuerda las obligaciones que debemos desempeñar en el trato del mundo para evitar los peligros que á cada paso nos presenta, para merecer por una conducta irreprochable la estimación y el amor de los buenos, para hallar en el testimonio

de nuestra conciencia el mas poderoso consuelo, la mas segura proteccion contra los accidentes de la fortuna ó la injusticia de los hombres.

Tales fueron los principios generales que Moratin creyó convenir al teatro cómico; pero debia pasar mas adelante el que tomaba sobre sí el empeño de reformar el nuestro. Su propia observacion le dió á conocer que si el arte es suficiente para evitar el error, no basta él solo para producir los aciertos: éstos nacen de otro origen: no los aprende el poeta, los halla en sí: no los adquiere á fuerza de instruccion, la naturaleza se los da. Expliquen los que hayan llegado á saberlo cuál sea la causa de que en unos individuos sí y en otros no se hallen facultades tan diferentes, que hacen imposible á estos lo que aquellos encuentran facil y genial: baste la persuasion de que efectivamente reside en determinados sugetos una peculiar aptitud mental que les hace percibir lo que para otros muchos, dotados á lo que parece de la misma disposicion orgánica, permanece ignorado y oculto. Este sentido, este particular instinto (si algun nombre ha de dársele) es el que ha producido hasta ahora los eminentes profesores en las artes de imitacion. A él se deben la Venus de Médicis y el Apolo de Belveder: Velazquez, guiado por él, supo pintar el aire; por él Moliere halló el verdadero caracter de la comedia; por él Rossini en sus

inesperadas combinaciones armónicas añade á la música nuevos encantos. Si esta facultad creadora existió en Moratin para dar á sus composiciones dramáticas aquella facilidad difícil, aquella fuerza de expresion, aquel espíritu de vida, aquella constante apariencia de verdad sin la cual nada es tolerable en la escena, la posteridad justa sabrá decidirlo.

En el éxito que tuvieron sus obras cómicas, representadas y leídas, vió logrado el fin que se propuso al componerlas. Dió en ellas el ejemplo práctico de que la observancia de las reglas asegura el acierto, si el talento las acompaña; y que el arte dramática, como todas las demas, resulta de principios certísimos é inalterables, sin cuyo conocimiento los mejores ingenios se precipitan y se malogran. Quiso imitar el atrevimiento laudable de Corneille y de Moliere, que haciéndose superiores á las ideas comunes de su siglo, crearon la tragedia y la comedia en Francia. No pactó con los errores vulgares; no aspiró á una celebridad facil de adquirir; quiso dar á su nacion modelos dignos de ser imitados por los que sigan despues tan árduo camino; y si no bastó su talento á igualar deseos tan generosos, merece á lo menos la gloria de haberlo intentado. Cuando haya en España buenos estudios; cuando el teatro merezca la atencion del gobierno; cuando se propague el amor á las letras en razon del premio y el honor

que logren, cuando cese de ser delito el saber, entonces (y solo entonces) llevarán otros adelante la importante reforma que él empezó (\*).

Quiso también desmentir de una manera victoriosa las equivocaciones en que han incurrido no pocos extranjeros que han escrito acerca de nuestro teatro, creyendo hallar en el carácter nacional las causas de su corrupción, acumulando errores sobre este supuesto, copiándose unos á otros, y obstinándose en decidir magistralmente sobre el mérito científico de una nación, sin conocer la historia de su literatura, sus costumbres ni su lengua; sin querer preguntar jamás lo que ignoran á los únicos que les pudieran instruir.

(\*) No se puede designar con absoluta seguridad la época á que se refieren las expresiones que preceden, aunque parece natural que se hable del tiempo en que se escribió el prólogo para la edicion de París del año 1825. En el discurso de las obras de Moratin se puede observar mas de una vez que su humor, exasperado por las circunstancias de su vida y de su situacion personal, se desahogaba en expresiones sobradamente ásperas, acaso poco conformes á su genio y carácter. Como quiera, la Academia se lisonjea de que los lectores racionales y juiciosos distarán mucho de aplicar tan amarga censura á la época actual. Si en ella se aprecian ó no los buenos estudios; si se juzga con rectitud ó con error del mérito de las piezas dramáticas y de sus autores; si se honran sus producciones y su memoria; si merecen estos asuntos la atención del Gobierno, son cuestiones que la historia de la presente edicion decide de un modo tan completo, que no queda lugar alguno á la duda. (*Nota de la Academia.*)

Cuando hablan del teatro español exageran su irregularidad, el espíritu caballeresco que le domina, los caracteres fantásticos, el enredo complicado, los incidentes imposibles de que se componen sus fábulas, escritas, á lo que ellos dicen, con estilo oriental, diti-rámico, erizado de metáforas, equívocos y sutilezas, redundante, hinchado, tenebroso, *ampullas et sexquipedalia verba*. Tal es la pintura que hacen de él; y confundiendo las épocas en razon de su mucha ignorancia, han atribuido y atribuyen á los españoles que hoy viven el mismo depravado gusto que reinaba dos siglos ha. Nos echan en cara nuestra decidida inclinacion á los autos sacramentales, y el placer con que vemos imitados en accion dramática los misterios de la religion, olvidándose de que hace ya setenta años que no se representan tales dramas en ninguno de los teatros de España. Nos citan una comedia de *San Amaro*, cuya accion dura doscientos años, y un auto que acaba con el *Ite missa est*; y no añaden que no hay un solo español ni extranjero, que haya visto jamás en nuestra escena la representacion de tal comedia ni de tal auto.

¿Qué dirian si juzgásemos el teatro francés por sus antiguas moralidades y sus misterios? ¿ó si para apreciar el talento cómico de Moliere les citáramos el saco de Scapin, la transformacion de M. Jourdan en Ma-

maouchi, los cuernos de Sganarelle, el aguavá de Truffaldin, la materia copiosa y laudable de Lucinda, las deposiciones de Argante y las geringas de Pourceaugnac? ¿Qué dirían, si callando los aciertos de Goldoni, de Albergati, de Metastasio, de Monti, del terrible Alfieri, nos acordásemos únicamente de los voluntarios desatinos con que infestó el conde Gozzi los teatros de su nación? ¿si no halláramos otros ejemplares que citar que el de *Arlequin tragado por la ballena*, *Arlequin que nace de un huevo*, *el príncipe Taer convertido en piedra*, ó *la dama serpiente*, piezas no ignoradas, como la de *San Amaro*, no sepultadas en el polvo de las bibliotecas, como nuestros autos, sino repetidas frecuentemente en las principales ciudades de Italia, en donde los que hoy viven han podido verlas no pocas veces?

Pero no solo dan por supuesto que la escena española permanece en un extravagante desarreglo, sino que se adelantan á negarnos hasta la posibilidad de la enmienda. "Como la comedia tiene por objeto las acciones de personas inferiores y humildes, no siendo esto conforme con el caracter altivo de los españoles, puede asegurarse con verdad que la comedia nunca tuvo cabida en España. — Ningun español ha podido sujetar su talento á la unidad de lugar. No quieren los españoles salir del teatro conmovidos de ningun

»afecto de desprecio, de odio ó de amor: les parecería  
»vergonzoso perder en una representacion su natural  
»indiferencia. — Como la galantería de los españoles ha  
»sido heredada de los moros, les ha quedado á aque-  
»llos un cierto sabor de Africa, de que no han parti-  
»cipado las demas naciones." Esto dice el abate Cuadrío en su *Historia poética*. "La mezcla de bufonesco  
»y serio, de trágico y cómico, de caballeresco y popu-  
»lar agrada extremadamente á los españoles." Esta observacion es del P. Caymo, autor de la obra intitulada *El vago italiano*. "La verdadera comedia no ha sido  
»conocida nunca de los españoles, que no saben reir  
»sin gravedad, ni toleran en el teatro personas vulgares sino acompañadas con los héroes." Este rasgo de critica es del abate Bettinelli. "En la comedia aprecian siempre los españoles los enredos de Calderon,  
»Rojas, Moreto y otros autores del mismo género, y  
»durará este aprecio mientras sus fábulas tengan una  
»relacion general con las costumbres. — Si en España  
»no se aplican á pintar los caracteres y ridiculeces de  
»la sociedad, que tanto nos agradan en Moliere, consiste en que de algunos siglos á esta parte la sociedad  
»no ha dejado de ser en España lo que antes era." Esto escribia M. La Harpe en el año de 1797.

¿Para qué citar mas? El público español, aplaudiendo las comedias de Moratin, responde á tan atro-

pelladas censuras. En España se llama comedia nacional la que pinta costumbres españolas; y el gusto dominante en la Península (como en todo lo restante de Europa) es el de ver copiados en el teatro los originales que se encuentran á cada paso en el trato comun. El desarreglo no es nacional; no lo ha sido nunca en ninguna parte, á no suponer que exista una nacion de estúpidos, en quienes no produce deleite la imitacion de la verdad. El desarreglo es meramente accidental y transeunte en todas partes, con mas ó menos duracion. Decir que en España se aprecian las comedias antiguas porque las costumbres no se han mudado, es hablar con tanto desacuerdo como si se tratara de un pais remoto y casi desconocido. Precisamente por haberse mudado las costumbres, por no parecerse ya los españoles que hoy viven á los que existieron dos siglos ha, las comedias escritas en aquel tiempo han decaido de la estimacion que tuvieron, y desaparecerán del todo á proporcion del número de piezas modernas que vaya adquiriendo el teatro. El público español, que tiene por muy nacionales las comedias de Moratin, ha visto en ellas la pintura fiel de nuestros usos y costumbres, de nuestros actuales vicios y errores. Ha visto que un español ha sabido sujetar su caracter altivo á tratar acciones domésticas, reducir las á las temidas reglas de unidad, y aun algo mas

que esto. Ha visto que no hay en sus fábulas personas heroicas, ni mezcla de bufonesco y serio, de trágico y cómico, de caballeresco y popular. Ha visto que en su representacion se apasionan los espectadores, lloran ó rien, segun el autor quiso que lo hiciesen, y que no les es posible conservar aquella inmovilidad de estatuas con que el bueno del abate Cuadrio nos caracteriza. Ha visto por último en las citadas piezas la observancia mas rigurosa del arte, unida á muchos de los primores que se admiran en nuestro antiguo teatro; y no se dice que nadie haya percibido en ellas hasta ahora ningun sabor ni resquemio africano, oriental ni francés.

En las poesías sueltas, que acompañan á esta coleccion dramática, se reconocen las máximas que seguia el autor, segun la diferencia de los géneros, de los argumentos, de la versificacion y del estilo en que las escribia; los originales que procuraba imitar, y su cuidado, nunca desmentido, de sujetar los ímpetus de la fantasia á las leyes del raciocinio y del buen gusto. Supo substraerse á la corrupcion que nació y se propagó en su tiempo; á la nueva especie de culteranismo en que cayeron muchos de los que cultivaron la poesía con mas ó menos inspiracion, estableciéndose una escuela de error, que ha sido funestísima al progreso de las letras humanas.

Hubo una época en que algunos jóvenes, mal instruidos en sus primeros estudios, sin conocimiento de la antigua literatura, ignorantes de su propio idioma, negándose al estudio de nuestros versificadores y prosistas (que despreciaron sin leerlos), creyeron hallar en las obras extranjeras toda la instrucción que necesitaban para satisfacer su impaciente deseo de ser autores. Hicieronse poetas, y alteraron la sintaxis y propiedad de su lengua, creyéndola pobre porque ni la conocían ni la quisieron aprender: substituyeron á la frase y giro poético que la es peculiar, locuciones peregrinas é inadmisibles: quitaron á las palabras su acepción legítima, ó las dieron la que tienen en otros idiomas: inventaron á su placer, sin necesidad ni acierto, voces extravagantes que nada significan, formando un lenguaje obscuro y bárbaro, compuesto de arcaísmos, de galicismos y de neologismo ridículo. Esta novedad halló imitadores, y el daño se propagó con funesta celeridad. Por ellos dijo Capmany: "Estos baxos tardos españoles confunden la esterilidad de su cabeza con la de su lengua, sentenciando que no hay tal ó tal voz, porque no la hallan. ¿Y cómo la han de hallar, si no la buscan ni la saben buscar? ¿Y dónde la han de buscar, si no leen nuestros libros? ¿Y cómo los han de leer, si los desprecian? Y no teniendo hecho caudal de su inagotable tesoro, ¿cómo

han de tener á mano las voces de que necesitan?"

A la ignorancia de la lengua se añadió la del arte de componer: falta de plan poético, pobreza de ideas, redundancia de palabras, apóstrofes sin número, desatemplado uso de metáforas inconexas ó absurdas, desatinada elección de adjetivos, confusión de estilos, y constante error de creer sencillo lo que es trivial, gracioso lo que es pueril, sublime lo gigantesco, enérgico lo tenebroso y enigmático. A esto añadieron una afectación intolerable de ternura, de filantropía y de filosofismo, que deja en claro el artificio pedantesco, y prueba que tales autores carecieron igualmente de sensibilidad que de doctrina.

Si en las obras sueltas de Moratin no se advierten extravíos de igual naturaleza, no por eso pudo lisonjearse de haber llegado á la perfección, que siempre huye del anhelo con que los hombres la solicitan: nada hay perfecto. Nunca aspiró á la gloria de poeta lírico; pero compuso algunas obras en este género para desahogo de su imaginación y sus afectos, ó para corresponder agradecido á los que estimaban en algo las producciones de su pluma. Siguió en este ramo de la poesía los mejores ejemplos de la antigua y moderna literatura; cultivó su lengua con aplicación infatigable; evitó los errores que veía difundirse y aumentarse diariamente, aplaudidos por la ignorancia y la falsa crí-

tica, y sostenidos por la autoridad, que contribuyó eficazmente á propagarlos; pero ni desconoció la distancia á que se hallaba del acierto, ni fue tan grande su amor propio, que le hiciese olvidar cuán difícil es adquirir en el Parnaso dos coronas.

**APÉNDICE AL PRÓLOGO.**